

EL SUEÑO SERENENSE

Mi padre era serenense y sus antepasados se remontaban, como los de muchos serenenses, hasta don Francisco de Aguirre. Las circunstancias de la vida lo hicieron pasar 20 años en París. Siendo yo niño, mi padre solía hablarnos de su infancia y de su juventud serenenses, de su familia, de su pueblo. Y cuando nombraba su ciudad querida, la voz se le quebraba y las lágrimas asomaban a sus ojos. Así aprendí yo a querer a La Serena, antes que a Chile y mucho más que a París, o a cualquiera otro lugar del mundo.

Dicen los sociólogos que, en el último medio siglo, la sociedad humana ha sufrido una doble mutación. Por el fenómeno de la “personalización”, que otros llaman de la “desocialización”, el individuo tiende a desarraigarse prematuramente de las comunidades naturales que antes servían de apoyo a su vida: la familia, la Iglesia, el colegio, el barrio, el pueblo o la región, el partido político, la patria incluso. Por el fenómeno de la “globalización”, tenemos el mundo entero, y el campo infinito de la cultura para seleccionar los elementos con los cuales intentamos reconstruir ese entorno que necesitamos para vivir. Tomamos menos pisco o mostos caseros pero podemos elegir entre una docena de wiskys escoceses, de los cuales nos volvemos aficionados.

Muchos añoran el “terruño” de otros tiempos, muchos chilenos sienten que el Elqui, el Limarí, el Choapa y los valles que hacia ellos confluyen son más “terruño” que otras partes de Chile y que, separados prematuramente de sus propias raíces, podrían reconstituir, en este Norte

Verde bendito, su propia querencia, ese lugar en que es grato vivir, en que la vida, a menudo tan dura, alcanza una mejor cualidad.

Estoy persuadido que ese es el producto que podemos ofrecer a chilenos y a extranjeros: la cualidad de nuestra vida.

“El sueño serenense” consiste antes que nada en un clima benigno, en paisajes placenteros, en productos de la tierra y del mar que alegran la vida: la chirimoya, la papaya, la uva y todas las frutas; el pisco y todos los derivados de la uva; el congrio, el loco, el ostión y los productos del mar que adornan nuestras mesas.

Nuestros productos mineros son especialmente nobles: el oro del Indio, la plata de Condoriaco, el lápiz lázuli, la combarbalita. Y nuestros pirquineros han desarrollado una personalidad recia y característica que los distingue entre los mineros.

Nuestra cuarta región es tierra de poetas. En las tierras de Monte Grande despertó a la belleza una niñita campesina: Lucila Godoy. Obtuvo el Premio Nobel por su genio literario, pero, ella misma lo sabía y lo decía; su genio brota de su tierra, los cerros que le “ahuecaron cuna de piedra y leño, y todavía la seguían”; de la salvia y del romero, que nunca olvidaron su cara de niña “sensible y triste”; “del higueral y la viña que le hablaban de tú a tú” y “de los tordos de Monte Grande que cantaban a otra Lucila”.

Grabriela, la poetisa, es un producto de su tierra. Ella, a su vez, ha fecundado a su tierra con su imaginación poética. Y no hay un lugar de Chile que tenga, aun hoy día, tantos poetas –y tantas poetisas- como los que tenemos.

Coquimbo es también tierra de fe. Su pueblo es mas religioso que el de otras regiones de nuestro país, en general muy religioso. Hay que conocer las nobles Iglesias de piedra que dejaron las órdenes religiosas coloniales: San Agustín, La Merced, San Francisco, Santo Domingo y otras. Los lugares de peregrinación de Sotaquí y de Andacollo, gigantesca basílica que surge, como un milagro, en medio del desierto. Pero sobre todo hay que haber visto los bailes religiosos, que dan vida, sonido, ritmo y colorido a cada una de las cien capillas y comunidades católicas asentadas en las quebradas y en los cerros; y las imponentes fiestas de Andacollo que no impactan solo por la belleza de sus ceremonias y de sus bailes sino, más aun, como experiencia de la fe y de la piedad de todo un pueblo.

Agreguemos a todo esto las playas de arena dorada y de aguas tibias; los valles cordilleranos como Cochiguas, a cuyo aire puro atribuyen cualidades magnéticas; la claridad de sus noches que permite ver las estrellas y ha atraído hacia ella algunos de los observatorios astronómicos mas célebres del mundo; y los restos arqueológicos que permiten revivir las razas antiguas –los diaguitas, entre otros- y sus culturas. Y tenemos todos los elementos de un gran desarrollo turístico, el turismo cultural, el más apreciado por quienes vienen de Europa o de América del Norte.

A los serenenses, y a los que han vivido un tiempo en estas tierras, los santiaguinos nos dicen “apapayados”. Y ¿qué significa ser “apapayado”? Significa haberse salvado de ser trabajólico, acelerados y estresados y haber encontrado el sistema de vida propio del hombre, el que expresa y procura la paz interior, la felicidad de vivir, el gozo pleno de la vida humana tal como Dios la hizo para los hombres y de la cual son

testigos las viejas casonas de adobe que nos hacen soñar y que esconden secretos que añoramos; todo eso forma parte de esa cualidad de vida que nosotros ofrecemos a Chile y al mundo.

+ Bernardino Piñera C.,
Arzobispo Emérito de La Serena